

¿ES POSIBLE, ES BUENO UN MUNDO SIN FRONTERAS?

Por *ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ*

Estamos más lejos cada día de un mundo sin fronteras a pesar de las buenas intenciones de tantos que luchan por alcanzar este ideal, aunque la gran cuestión es otra. ¿Es posible? ¿Es bueno un mundo sin fronteras? El segundo interrogante puede parecer escandaloso porque no está bien visto defender la existencia de fronteras. En realidad, hay muchos tipos de frontera. Fenómenos nuevos como la globalización, el desarrollo frenético de nuevas tecnologías de la comunicación, el cambio climático, el aumento de las relaciones no siempre pacíficas entre civilizaciones, no han eliminado algunas viejas fronteras y han creado nuevas barreras de separación, formas nuevas o más sangrantes de discriminación y abuso¹.

I. DIVERSIDAD DE FRONTERAS.

La visión más común que tenemos de frontera es una línea sobre el mapa que separa un país de otro: son las fronteras políticas que en algunos casos coinciden con un río u otro elemento natural. En el mapa de Africa abundan las líneas rectas dibujadas por las potencias

1. Una primera versión de este artículo se dio a conocer en diciembre de 2009 dentro del *Tercer Ciclo de Conferencias Magistrales* organizado por la Universidad de Sevilla en la ciudad de Carmona con el patrocinio de su Excmo. Ayuntamiento y bajo la coordinación del Prof. Manuel González Jiménez.

europas que se repartieron cínicamente el continente a finales del siglo XIX sin más derecho ni obligación que mantener cada una en su territorio el orden entre sus habitantes negros a fin de garantizar la mejor explotación de los recursos humanos y naturales². Cuando hace medio siglo se produjo la falsa descolonización de Africa, las fronteras coloniales separaron tribus y pueblos o metieron dentro de una misma nación gentes que habían sido secularmente enemigas. El resultado fue, y sigue siendo, guerras feroces con millones de muertos y millones de familias desplazadas que malviven refugiadas en otros países.

Hay también en la historia fronteras artificiales porque fueron construidas por el hombre. Es famosa la Gran Muralla China: un muro de piedra para impedir la entrada del invasor. Otra frontera artificial, felizmente destruida hace veinte años, fue el Muro de Berlín, levantado en 1961 para que la gente no escapara del paraíso soviético. El miedo de los chinos a ser invadidos trató de convertir China en un inmenso búnker. El miedo a una desbandada hizo de la Alemania oriental una jaula que impedía volar hacia la libertad³.

Todavía quedan y se construyen fronteras o muros de cemento o de acero en Africa, el Cercano Oriente, en Asia y hasta en América del Norte. Aunque hoy, más que nunca, predominan las fronteras que llamo “virtuales” porque no se ven ni se tocan; pero se sienten, se sufren... Son las fronteras de la pobreza, las enfermedades endémicas como la malaria o el sida; las fronteras de la ignorancia,

2. Sobre la diversidad de fronteras véase, por ejemplo, Alfredo JIMÉNEZ, “El fenómeno de frontera y sus variables. Notas para una tipología”, *Estudios Fronterizos*, 40 (1997), pp. 11-25.

El llamado “Reparto de Africa” tuvo lugar entre la década de 1880 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Para superar las disputas entre las grandes potencias (Francia, Reino Unido y Alemania) se celebró la Conferencia de Berlín (1884-1885). También se beneficiaron del expolio Italia, Portugal, Bélgica y España. Con anterioridad, el rey de Bélgica Leopoldo II (1865-1909) se había adueñado del Congo para desarrollar sus personales y contradictorios proyectos en un territorio por el que Europa no se había interesado hasta entonces. Una excelente síntesis del imperialismo del siglo XIX, con la correspondiente proliferación de fronteras, en José Luis COMELLAS, *Los grandes imperios coloniales*, Rialp S. A., Madrid, 2001.

3. La Gran Muralla, con una longitud de más de seis mil kilómetros, fue levantada y reconstruida a lo largo de siglos. La construcción del Muro de Berlín se inició el 13 de agosto de 1961, y fue derribado en noviembre de 1989. Durante esos años, más de doscientas personas murieron por disparos cuando trataban de huir a través o por encima de la barrera que separaba la Alemania Oriental de la República Federal. La reunificación de las dos Alemanias fue posible en octubre de 1990.

del odio y los prejuicios raciales; las fronteras que levanta el miedo de los que tienen algo o mucho que perder frente a los que tienen poco o nada para vivir.

Es trágica la coincidencia de estas fronteras “virtuales” con las fronteras políticas, económicas o raciales. Hablo de las fronteras entre los países desarrollados y las naciones del Tercer Mundo; hablo de las fronteras en países donde viven una población blanca dominante y una minoría negra que ahora llamamos “subsahariana” como si las palabras pudieran ocultar la triste realidad de nacer y morir negro. Es aún más doloroso comprobar que todos los países con población negra figuran en la lista de las naciones más pobres del mundo, un hecho que no es sólo africano. La república de Haití, de población cien por cien negra, es el país más pobre de América. Mas no cometamos el error de creer o justificar que la causa de la miseria y del atraso está en la raza —como tratan de defender los racistas sino en la Historia y en la maldad humana.

Las fronteras del color son fronteras virtuales muy efectivas que marcan distancias sociales incluso entre los ciudadanos de una misma nación. En las grandes ciudades de Europa y de América hay barrios separados por las fronteras del color, que no es sólo el color negro. Una frontera virtual de doble sentido ha separado en España a payos y gitanos (la frontera de color bronce); y digo de doble sentido porque payos y gitanos se han rechazado mutuamente hasta el punto de que después de quinientos años, los gitanos conservan, con orgullo, rasgos de su raza y de sus tradiciones.

II. LAS FRONTERAS DESDE LA HISTORIA Y LA ANTROPOLOGÍA.

La mejor y más abarcadora definición de frontera es la de un espacio geográfico grande y de límites imprecisos donde se encuentran y se relacionan grupos o sociedades con culturas diferentes⁴. En esta definición caben casi todas las grandes fronteras de la Historia.

4. Esta definición está implícita en el título principal de una recopilación que va precedida de un lúcido ensayo: David J. WEBER y Jane RAUSCH (eds.), *Where cultures meet. Frontiers in Latin American History*, Scholarly Resources, Wilmington, Del., 1994.

Estos encuentros no son en teoría necesariamente buenos o malos, aunque la experiencia muestra que han sido generalmente hostiles, injustos y hasta sangrientos, correspondiendo la iniciativa y la mayor responsabilidad al más fuerte. Porque los encuentros o choques se han realizado casi siempre entre una sociedad fuerte y compleja y otra débil y elemental, estableciéndose una relación muy desigual entre conquistador y conquistado. El caso más frecuente y espectacular es el de una nación con ansias imperiales que invade por la fuerza otro territorio: Roma en el Mediterráneo y en media Europa. Los árabes en el norte de África y en la península Ibérica. España en el Nuevo Mundo. Y poco después, Portugal, Inglaterra y Francia en América, África o Asia.

¿Qué podemos aprender sobre fronteras desde la experiencia de la historia y otras ciencias sociales? La historia nos dice que las fronteras son tan antiguas como la Humanidad. De hecho, también los animales marcan los límites de su territorio y lo defienden de otros animales con uñas y dientes, garras o cuernos... El hombre, por instinto animal de supervivencia, ha hecho lo mismo para asegurarse el alimento o el agua; para proteger o monopolizar ciertos recursos materiales. Así han actuado todos los grupos humanos ya fueran bandas de cazadores, tribus de la selva o, sin ir tan lejos, las potencias industriales con sus grandes imperios.

Pero la conducta del hombre responde a mucho más que a puros impulsos biológicos. Los humanos poseemos *cultura*, que no es sólo instrucción o educación escolar o universitaria. Aunque, desgraciadamente, el hombre ha hecho con frecuencia un uso perverso de una capacidad que no posee ningún otro animal: una inteligencia que le ha permitido evolucionar, inventar, descubrir, perfeccionar, adaptarse al medio natural, transformarlo y explotarlo. En gran medida, estos avances se deben al avance de la tecnología, que también es parte de la cultura como lo son la lengua, las creencias religiosas, la organización política... La técnica ha permitido a los seres humanos ocupar todos los espacios del planeta y adaptarse a todos los climas; vivir al lado del mar o en las montañas, en los desiertos o en el Ártico... Incluso pasar unas horas en la Luna.

Por encima de todo, la dimensión cultural nos permite controlar —no suprimir— nuestros instintos animales y actuar según códigos éticos y morales. Esta capacidad nos hace responsables de

nuestros actos y anula o matiza ciertas manifestaciones o posturas que dan excesiva dominio a lo *genético* en perjuicio de lo *cultural* acortando, queriendo o sin querer, las distancias entre los animales y el hombre. Idealmente, podrían desaparecer las fronteras políticas y económicas, como ha hecho Europa en los últimos años, pero qué difícil, por no decir imposible, es derribar las fronteras virtuales creadas por pasiones específicamente humanas como la ambición, la soberbia, el egoísmo, el odio entre los pueblos.

III. LA FRONTERA HISPANO-MUSULMANA

Ninguna nación del mundo ha vivido y protagonizado de manera más larga en el tiempo, más diversa, más intensa y extensa que España el fenómeno de fronteras tanto en sus propias carnes como más allá del océano. Un solar pequeño como es la península Ibérica —un territorio minúsculo si lo comparamos con China, Rusia o los Estados Unidos de América— ha sido escenario de invasiones de pueblos de razas y culturas diferentes. España, en sus orígenes, fue frontera que traspasaron iberos y celtas; fenicios, griegos y romanos; bárbaros del norte y árabes o “moros” que cruzaron repetidamente el Estrecho. La antigua Hispania, situada en un extremo del Mediterráneo, casi una isla que toca con la mano el continente africano, fue objeto de deseo para los pueblos que dominaron en distintas épocas en esta parte del Viejo Mundo. Grecia y Roma nos hicieron partícipes y contribuyentes de la civilización occidental, que España y otras naciones europeas convirtieron en civilización atlántica. El cristianismo, venido del otro extremo del Mediterráneo, añadió al pensamiento griego y al pragmatismo romano unas creencias y un sistema de valores que nos identifican frente a otras civilizaciones. Tras seis siglos bajo el imperio de Roma, el mayor acontecimiento de la historia de España fue la invasión de los árabes. La población hispano romana (o hispano goda y cristiana) conoció y asimiló con más intensidad que ninguna otra nación europea los efectos de la presencia del islam. Durante casi ocho siglos, la Península estuvo dividida por una frontera movediza que agrandaba o achicaba el territorio cristiano o musulmán según las circunstancias. Dos civilizaciones, dos religiones, compartían y se disputaban un mismo espacio físico.

Hubo en los siglos medievales fronteras artificiales marcadas por castillos en los campos y murallas en las ciudades. Hubo fronteras virtuales dentro de una misma ciudad, cuya población dominante calificaba como “mozárabes” a los cristianos que vivían entre musulmanes, y como “mudéjares” a los musulmanes que vivían entre cristianos. No faltaban tampoco términos insultantes como “marrano” aplicado a moros y judíos sospechosamente convertidos, o “perro infiel” para designar a los cristianos. Las fronteras virtuales de la raza, la lengua y la religión crearon barrios o guetos, y abundaron las fronteras económicas o políticas de conveniencia que aliaban a cristianos y moros para luchar contra otros moros o contra otros cristianos. El elemento judío, siempre presente a un lado y otros de la frontera cristiano-musulmana, aumentaba la diversidad de este panorama variopinto.



La Frontera Hispano - Musulmana en el siglo X

Sobre las relaciones entre cristianos y moros en la Península se ha dicho de todo: guerra centenaria, crueldad de unos y otros, cautivos en ambos bandos... También se ha hablado de convivencia pacífica y del esplendor de las Tres Culturas. Cuando ha convenido, se ha hecho uso de una frase tan discutible como “la tradicional amistad hispano-árabe”, olvidando la violencia de los siglos medievales y las sangrientas guerras de Marruecos en los siglos XIX y XX⁵.

Intereses más políticos que científicos, han defendido un nacionalismo andaluz con argumentos tan peregrinos como la supuesta semejanza entre los cráneos de los andaluces actuales y los cráneos de los moros andaluces de los siglos medievales. En estos días, algunos reclaman la recuperación de *Alandalus* presentando a los cristianos como invasores de un territorio musulmán que, por cierto, fue mucho mayor que Andalucía como muestra la frontera hispano-musulmana en el siglo X. Y en cuanto a razas, la reconquista repobló Andalucía con gente venida de las Castillas y otros reinos cristianos ya que de manera también discutible, y probablemente equivocada, la población mora fue prácticamente expulsada a África. De la civilización islámica quedaron afortunadamente huellas numerosas y brillantes en las artes, las ciencias, el pensamiento, la lengua... Eran los frutos de una convivencia tan forzada como enriquecedora.

Pero lo que hasta hace muy poco era historia lejana, revive en estos días de algún modo en ciudades de España y de Europa con la presencia de cientos de miles de musulmanes que no han venido precisamente a reconquistar sino en busca de una vida mejor. Y en este punto es justo distinguir entre musulmanes pacíficos y laboriosos e islamistas radicales e intolerantes.

IV. FRONTERAS ESPAÑOLAS EN AMÉRICA.

Finalizada la reconquista con la toma de Granada, América (el *Nuevo Mundo*) se presentó de golpe ante Europa como una Gran Frontera, un inmenso continente a descubrir, explotar, transformar... A la vista de tantas gentes extrañas y desconocidas —pero no menos humanas—, un

5. La primera guerra (1859-1860) enfrentó a España con el sultán de Marruecos. En las primeras décadas del siglo XX se desarrolló la Guerra del Rif.

cronista español exclamó con gozo: “La Humanidad es una”. Es decir, todos los seres humanos que habitan la Tierra somos miembros de una misma Humanidad, de una misma y única especie. Aunque, de inmediato, esta verdad ha de completarse con otra verdad igualmente rigurosa: “La Humanidad es una, pero las culturas son muchas”.

España, a partir de 1492, fue trampolín desde donde saltar sobre el Atlántico y alcanzar el Pacífico para crear en poco tiempo el mayor imperio hasta entonces conocido. Todo ello para bien y para mal, que de esto habría mucho que decir. Aquellos españoles eran descendientes y herederos de un largo proceso de mestizaje de razas y culturas. España fue la nación que en primer lugar, en menos tiempo y en mayor número, creó fronteras en un continente donde ya existían incontables fronteras entre tribus, entre estados o imperios. Hace ahora dos siglos, la Independencia convirtió los límites de las provincias del imperio español en las fronteras políticas de una veintena de nuevas naciones. De las provincias del virreinato de México surgieron Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, y la propia república de México. Del virreinato del Perú nacieron, entre otras naciones, Ecuador, Bolivia, Chile, y el propio Perú. Del tardío virreinato de Nueva Granada surgieron Colombia y Venezuela. Con la Independencia nacieron también, y persisten, conflictos de fronteras entre naciones hermanas.

V. LA FRONTERA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS.

De todas las fronteras de las Américas ninguna es más compleja y dinámica que la que une y separa México de los Estados Unidos. El norte del virreinato de México fue durante siglos una frontera sin límites, nunca una línea, ni siquiera una franja, sino un espacio muchas veces mayor que España habitado por indios nómadas dedicados a la lucha diaria por la supervivencia y a la guerra entre tribus vecinas. Sólo algunos grupos conocían la agricultura; la gran mayoría vivía de la caza y la recolección. De aquellos indios de la frontera norte son especialmente populares (más por las películas del Oeste que por la historia) los apaches y los comanches⁶.

6. Una visión de conjunto de esta frontera, ampliamente documentada, en Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Editorial Tébar, Madrid, 2006.

Ese *Gran Norte* comprendía la mitad septentrional de la actual república de México y las antiguas provincias españolas que hoy son los estados de Nuevo México, Arizona, Texas y California, desgajados del antiguo virreinato por una guerra y un tratado impuesto por los Estados Unidos⁷. Sobre el Lejano Norte español se sobrepuso en el siglo XIX otra frontera, el *Gran Oeste* angloamericano. Desde entonces, una raya de más de tres mil kilómetros marca en el mapa los límites políticos de las dos repúblicas. La mayor longitud de esta raya coincide con el Río Grande, escaso de agua pero no fácil de cruzar para muchos. A los mexicanos que vadeaban el río se les ha llamado “espaldas mojadas”. En los últimos años, el paso se intenta mayormente a través del ardiente desierto de Arizona. Son tan rigurosas las medidas contra esta pobre gente y es tan grande la maldad de los que hacen negocio con los inmigrantes, que muchos mueren en el camino con la espalda no mojada por el río sino tostada por el sol del desierto.

A pesar de todo, el suroeste de los Estados Unidos es más que nunca un ancho espacio habitado por gentes que hablan, cantan y rezan en español ya sean descendientes de antiguos pobladores españoles o mexicanos o inmigrantes recientes. Más de la cuarta parte de la población de Texas, más de un tercio de la población de California, casi la mitad de la población de Nuevo México es hispana⁸.

La existencia de millones de hispanos y anglos en este espacio de frontera es un ejemplo elocuente de cómo es posible, aunque no siempre fácil, la convivencia y la integración de gentes con culturas diferentes si comparten un mismo sistema de valores supremos. En otras palabras, si pertenecen a una misma civilización. Al fin y al cabo, el encuentro ha sido en los dos últimos siglos de dos ramas de la civilización occidental: la hispana y la anglosajona. En el

7. La guerra, provocada por los Estados Unidos, se conoce en la historia de esa nación como *Mexican War* (1846-1847). El Tratado de Guadalupe Hidalgo se firmó el año siguiente.

8. Estas cifras aumentan cada año pues muchos mexicanos se instalan en los Estados Unidos y muchos más cruzan la frontera a diario o por temporada para trabajar. También cuenta el alto índice de natalidad que ha hecho de Los Ángeles la segunda ciudad de los Estados Unidos; la séptima es San Antonio de Texas. No es sorprendente que el alcalde de Los Ángeles sea un hispano con apellido vasco. Cifras y otros datos muy significativos sobre esta población hispana en Jesús F. de la Teja, “Los hispanos de los Estados Unidos”, en *Hispanoamérica: una realidad palpitante*, pp. 11-26, Real Academia Sevillana de Buenas Letras y Fundación Focus-Abengoa, Sevilla, 2005.

nuevo y gran crisol que constituye el sur de los Estados Unidos, la raza —la condición más o menos mestiza de los mexicanos y otros inmigrantes de Hispanoamérica— es un obstáculo secundario que el tiempo resolverá o aliviará en un país que ya tiene un presidente negro. Respecto al idioma, el español de estos hispanos es un valor que crece día a día; de hecho, Estados Unidos está camino de ser una nación bilingüe. Por lo que se refiere a la religión, el vecino del norte es mayoritariamente *cristiano*, como lo es todo el continente desde Canadá a la Patagonia argentina. Aparte de que el respeto a la libertad de creencias y ritos es un valor de la civilización occidental. La verdadera frontera que separa a los hispanos de los anglos es la barrera de la pobreza, el analfabetismo, la ignorancia o precariedad de su inglés. Son deficiencias muy graves, pero tienen solución o alivio con buena voluntad, con educación, tiempo y dinero.

VI. REFLEXIONES, PREGUNTAS, RESPUESTAS.

Desde la historia y el derecho de gentes es fácil y legítimo reconocer la abundancia de culpas y delitos cometidos en situaciones de frontera. Para la antropología —que no juzga sino observa, compara y trata de sacar conclusiones generales—, la clave de los males y beneficios de las fronteras está en la condición humana y en la propia dinámica de la cultura. Es un hecho que las culturas cambian, se adaptan y aprenden mediante la comunicación y el intercambio mientras que el aislamiento y la incomunicación favorecen la esterilidad, producen estancamiento e incluso retroceso. El contacto con otros pueblos y culturas, aunque generalmente acompañado de dolor humano y de pérdidas culturales en la sociedad más débil, resulta a la larga positivo y enriquecedor. Buena muestra es la península Ibérica cuya población llegó a destacar dentro del imperio romano y a contribuir a su esplendor con filósofos, hombres de letras, científicos y hasta emperadores.

A la vista de tantas fronteras del pasado y del presente surgen preguntas inquietantes que demandan respuestas a veces contradictorias. ¿Habrá siempre fronteras? ¿Por qué deben mantenerse algunas fronteras? ¿Cuál es nuestra responsabilidad en uno y otro caso?

No es posible por ahora —y no lo será por muchos años o siglos— un mundo en paz y sin fronteras. Aunque tampoco es bueno

un mundo sin fronteras si tenemos que pagar el precio de la uniformidad cultural, la imposición de una sola lengua, la pérdida de la diversidad en creencias, artes, costumbres y tradiciones en nuestra sociedad global. Deben desaparecer las fronteras que impiden a los niños de más de medio mundo salir de la ignorancia, o a los jóvenes saltar la valla que les cierra el camino de una emigración digna hacia países necesitados de mano de obra. Las fronteras a derribar son las que no dejan a las mujeres escapar de la violencia de un varón (el macho) amparado por costumbres y leyes inhumanas. Deben eliminarse las fronteras que no permiten abandonar una tierra pobre y reseca donde si hay petróleo, gas u otra riqueza bajo tierra, el beneficio es para los dictadores que gobiernan, las multinacionales que hacen negocios criminales o las potencias que inventan una guerra o firman una falsa paz según y cuando conviene a sus intereses.

Por el contrario, deben conservarse las fronteras virtuales, no físicas, que protegen formas de vida y pensamiento que son patrimonio de la Humanidad. Son buenas y necesarias las fronteras o barreras que hagan imposible el turismo sexual de los pedófilos a países pobres; las fronteras que cierren la salida a paraísos fiscales de los corruptos y no dejen huir a terroristas y narcotraficantes que compran su impunidad en otras naciones.

Yo sueño —ya que no lo conoceré vivo ni despierto— en un mundo en paz cuyas fronteras políticas se puedan cruzar libremente para conocer o convivir de por vida con gentes que hablan su lengua y celebran sus fiestas al son de su música; pueblos y naciones que conservan sus artes y costumbres, que descubren o inventan para uso y gozo de propios y extraños. Un mundo diverso, plural, mestizo en ideas y colores de piel. Pero, desgraciadamente, vivimos bajo la amenaza de que este sueño se convierta en pesadilla. Dos factores, muy ligados entre sí, están en la base de la situación que hoy vive la Humanidad. Uno es la globalización. Otro es el incremento de las relaciones entre pueblos y culturas pertenecientes a civilizaciones diferentes.

La globalización es un proceso de integración que se aplicó primero a la economía y muy pronto se extendió a todos los aspectos de la cultura. Todo ello ha ocurrido como consecuencia del desarrollo vertiginoso de la comunicación entre personas y entre países de todo el mundo. Aunque el primer gran paso hacia la globalización

se dio hace quinientos años con el descubrimiento de América. Si a partir de entonces la Humanidad se percibió como *una*, también el mundo se hizo un enorme y único *globo* donde casi todo lo que sucede afecta a todos los pueblos y a todos los individuos. Esta globalización tiene ventajas e inconvenientes, defensores y enemigos. Pero es algo que no podemos ignorar porque sus efectos, buenos o malos, traspasan todas las fronteras.

El otro gran factor es el creciente contacto directo y la creciente interdependencia entre individuos y países de culturas diferentes por efecto, precisamente, de la globalización de la economía y de los movimientos migratorios. Unos ven un peligro en este proceso, y lo rechazan hasta con violencia. Otros están a favor de un acercamiento entre civilizaciones, una idea a la que ninguna persona bien nacida se puede oponer en principio, pero que peca gravemente de ingenuidad o falta de realismo cuando se encierra en una frase tan breve como ambigua o vaga: “alianza de civilizaciones”.

Tanto la globalización de la economía como la alianza entre civilizaciones son cuestiones que se han politizado de tal modo que es difícil abordarlas con objetividad. De hecho, cada encuentro en la cumbre para tratar de la globalización convierte en campo de batalla la ciudad donde se reúnen los poderosos de la tierra. Y al tiempo que se habla de alianza de civilizaciones, se hacen más graves y frecuentes las acciones violentas, incluso los ataques terroristas de los fanáticos en nombre de su civilización.

En cuanto a las civilizaciones pasadas y presentes hay un hecho contrastado por la historia y la antropología que debe presidir cualquier análisis sobre el tema. Cada civilización es el resultado de la contribución milenaria de pueblos de razas y lenguas diferentes que se distinguen por una peculiar cosmovisión o interpretación del universo y por unos valores supremos compartidos por millones de personas.

Entre la civilización occidental (y cristiana) y la civilización islámica, o cualquier otra, es posible y absolutamente necesaria la solidaridad para afrontar problemas como el hambre, las enfermedades, los terremotos o las inundaciones. Y, por supuesto, los efectos del discutido cambio climático. Sin embargo, a la solución de estos problemas se opone siempre la condición humana. Hace años, decía en un artículo de prensa un escritor olvidado que “Sentimos más la

muerte del perrito en nuestra casa, que la muerte de un vecino en el piso de arriba”.

Los que habitamos en este lado privilegiado de la frontera del hambre, la sed, las epidemias... vivimos muy preocupados temiendo qué será de nosotros, de nuestros hijos y de nuestros nietos dentro de diez, veinte o treinta años. Pero nos preocupan mucho menos, casi nada, el hambre y la sed que cada noche se llevan a la cama o al jergón millones de niños, mujeres y hombres del otro lado de la frontera. Un cínico diría que esas pobres gentes tienen el macabro consuelo de que la globalización o el cambio climático no les traerá más miserias de las que sufren desde que nacieron. Para consuelo de cínicos o de timoratos, esas gentes no viven ni mueren en el piso de arriba sino en otros continentes.

En cuanto a la alianza de civilizaciones, ¿quién puede ser tan políticamente incorrecto como para decir en voz alta que está en contra de la colaboración entre nuestra democrática y cristiana civilización occidental y la civilización islámica? Porque el verdadero problema para Europa en relación con los inmigrantes o la confrontación de valores y creencias no lo presenta hasta ahora China o la India, con sus milenarias civilizaciones, sino el conjunto de países donde actúa y desde donde se exporta un islamismo radical que, para decir toda la verdad, no practican millones de musulmanes y musulmanas que son los primeros en sufrir el fanatismo de sus compatriotas.

* * *

Me permitiré un inciso para dejar constancia de un hecho más que lamentable. Cuando se habla de *civilizaciones* no se menciona un continente que en el siglo XIX se llamó “el continente negro” (por inexplorado e ignoto) y actualmente podría también calificarse así por el negro destino de sus habitantes negros. Es tan desgraciada la historia del Africa “subsahariana” (vivero de esclavos para el servicio de los blancos), y tan miserable su presente, que ni siquiera posee una *civilización*. Es decir, estados consolidados, fronteras nacionales y no límites difusos entre tribus; religión y no pura magia; desarrollo económico con producción de excedentes que aseguren el alimento y también el comercio con otros países; una razonable independencia

para tomar decisiones políticas; una amplia clase media y no grandes masas de población campesina cuando no selvática. Con esta Africa subdesarrollada, dominada por gobiernos corruptos, ni siquiera es posible la colaboración o la solidaridad en condiciones de efectividad, dignidad y justicia.

Africa malvive de la caridad de las ONG, del esfuerzo de las misiones y de las migajas, generalmente interesadas, de algunas naciones ricas. Mientras tanto, Africa padece la explotación de sus enormes recursos por parte de las antiguas potencias imperiales que nunca se marcharon del todo pues al conceder la independencia no arrancaron las raíces de su bárbaro colonialismo. Y los que ahora acuden por primera vez a Africa no son *Magos de Oriente* sino astutos chinos que no llevan oro, incienso o mirra sino baratijas a cambio de los recursos que demandan mil trescientos millones de ciudadanos de un gigante que se ha apuntado al capitalismo sin dejar de ser comunista. ¡Pura magia oriental!

* * *

Tras este desahogo, regresemos a Europa. Puestos a derribar fronteras y a convivir todas las civilizaciones en paz y armonía; puestos a vivir dentro de un mismo país miembros de civilizaciones y culturas diferentes —algo que es un hecho en Europa, aunque todavía minoritario—, ¿qué valores, qué creencias religiosas, qué principios jurídicos y políticos estamos dispuestos unos y otros a sacrificar o aceptar no sólo en la letra de las constituciones —que nadie lee ni conoce— sino en el trato cotidiano del barrio, la escuela, la fábrica, el taller o la oficina?

El contraste y la rivalidad entre civilizaciones —hasta ayer una cuestión lejana y académica para Europa— se han convertido en parte de nuestra vida diaria. La globalización y los emigrantes están poniendo a prueba la solidez de nuestra propia civilización y la sinceridad de nuestros principios de generosidad y tolerancia. ¡Qué fácil era decir “los españoles no somos racistas” cuando en España no había negros ni moros! ¡Qué bonito suena hablar de alianza e integración de civilizaciones, y qué difícil es conceder un terreno en cualquier ciudad española para levantar una mezquita! ¡Qué imposible, absolutamente imposible, resulta en la mayor parte de los países musulmanes abrir

una pequeña iglesia o una escuela cristiana, llevar a la vista un crucifijo; no digamos la conversión de un musulmán al cristianismo sin ser castigado por su propia gente!

Cualquiera que sea la opinión sobre la globalización y la alianza o confrontación de civilizaciones, una cosa es evidente: vivimos tiempos nuevos que nos presentan nuevos y mayores peligros, nuevos y mayores retos. ¿En qué estado se encuentran España y Europa ante la nueva situación? Podemos afirmar que nuestra civilización no está en su mejor momento sino en plena crisis de valores. Algo así como el individuo que se enfrenta a una epidemia justo cuando más débil se encontraba su cuerpo. Y en este clima de debilidad interna, ha surgido el nuevo desafío que unos llaman “alianza de civilizaciones” y otros “choque de civilizaciones”.

Como siempre en la historia de la humanidad, nos tropezamos en primer lugar con nuestras pasiones y miserias del alma. Además, estamos sometidos a dos nuevas y poderosas dictaduras: el relativismo cultural y el imperio de lo políticamente correcto. Europa conoció en el pasado siglo dos etapas muy diferentes. La primera estuvo marcada por dictaduras de derechas o de izquierdas con dos grandes protagonistas (Alemania y Rusia) y dos apéndices peninsulares o periféricos (Italia y España). El lenguaje que defendía la superioridad de una raza (el nazismo) y la revolución marxista leninista (el comunismo soviético), fue un lenguaje de violencia, de bombas y cañonazos. Dos intentos locos y criminales de borrar fronteras nacionales; y mucho más que fronteras pues fueron decenas los millones de muertos por la represión.

La segunda etapa se inició tras una espantosa guerra y una asombrosa recuperación económica de la Europa occidental. Del pensamiento único y totalitario se fue pasando a un relativismo ideológico exagerado que defiende que no hay verdades absolutas; y, en verdad, no hay muchas, aunque algunas hay. Este relativismo dice que todas las culturas y todas las civilizaciones son igualmente buenas y deben respetarse en todos sus aspectos. A partir de ahí, esta filosofía se ha extendido a todos los aspectos de la sociedad y ha impregnado la conducta de cada individuo.

Esta actitud se manifiesta y ampara en una frase cobarde y acomodaticia que ha adquirido en los últimos años una triste popularidad: “Lo políticamente correcto”; una dictadura menor, no

sangrienta aunque muy sutil, que le marca al individuo lo que puede decir y, sobre todo, lo que no puede o no debe decir para no molestar, no ofender; para no poner en peligro las relaciones o los acuerdos políticos nacionales o internacionales, para no estorbar los grandes negocios, para conseguir o no perder las subvenciones que los ciudadanos de un país, una región, una ciudad, un barrio y hasta una comunidad de vecinos esperan del poder político, generalmente un poder partidario. Lamentablemente, no todo es respeto o *buenismo* que, si es sincero, podría tener alguna justificación. El miedo, tan natural a los seres humanos, hace prudente al individuo, que no se atreve a hablar, que disimula para no perder su puesto de trabajo o su cargo en el partido que, con frecuencia, viene a ser una misma cosa. Es el miedo a expresarse en los grandes foros, en la fábrica, la oficina, el bar o la calle.

Volvamos a la cuestión de la alianza o del choque de civilizaciones. Nuestra civilización occidental tiene dos mil quinientos años de vida y abarca dos continentes, Europa y América. En ese tiempo ha evolucionado, se ha desprendido de muchas cargas negativas, ha aprendido de sus errores, ha reconocido culpas y hace una constante crítica de sí misma. La civilización occidental superó la Edad Media hace quinientos años y vivió su Renacimiento cuando volvió la vista a sus orígenes grecorromanos. Poco después fue cuna de la Revolución Industrial, experimentó en medio de ilusiones y baños de sangre la Revolución Francesa, y redactó la “Carta de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos”, una expresión muy machista que tras la Segunda Guerra Mundial se tituló “Declaración Universal de los Derechos Humanos”.

La civilización occidental comparte sus raíces judeocristianas con la civilización islámica. En España, como bien sabemos, compartió casi ocho siglos de historia con sus luces y sombras. Por su parte, la civilización islámica —que es mucho más que “árabe” o va mucho más allá de lo que el vulgo entiende por “árabe”— nació hace catorce siglos y no se ha movido desde entonces; no se ha bajado en ningún momento del pedestal de sus orígenes. El islam —cultura y religión de Estado— sigue siendo *medieval*. Esto hace que nuestro respeto, nuestra solidaridad y nuestro acercamiento a las naciones musulmanas encuentren un límite o frontera virtual ante la violación de principios morales y legales —para nosotros irrenunciables—

como la igualdad de todos los seres humanos sin distinción de raza, creencias ni género; o ante prácticas como la pena de muerte o la mutilación de la mano de un ladrón o el clítoris de una niña virgen. Mientras que en Occidente nos hemos pasado y vamos ya por los matrimonios entre dos hombres o entre dos mujeres, en el islam radical andan todavía por la poligamia, la lapidación de la mujer adúltera o el ahorcamiento en la plaza pública. En medio de la belleza que disfrutamos al visitar algunas ciudades islámicas —algunas, no todas— da pena cruzarse en sus calles con mujeres que ven el mundo por la rendija del *burka* y, sin querer ellas, privan al paseante de la sonrisa de una joven o del rostro complacido de una mujer que lleva de la mano a un niño que tampoco puede ver sonreír a su madre.

Seamos realistas. Ante las grandes diferencias entre civilizaciones no bastan los buenos sentimientos ni las buenas intenciones para establecer relaciones que no sean puramente económicas o políticas. Es muy difícil, por no decir imposible, la alianza de civilizaciones si nos atenemos a la definición de la palabra “alianza”: “Unión de cosas o personas que cooperan a un mismo propósito”. Antes de aliarnos o integrarnos, debe quedar claro qué propósitos u objetivos estamos unos y otros dispuestos a compartir y cuáles no. Es decir, dónde está la insuperable frontera entre civilizaciones para no dar pasos en falso o hacia lo imposible.

En esta coyuntura, muy oscuro se muestra el panorama de España y Europa. La globalización y la inmigración han revivido situaciones y problemas de siglos pasados. Medio millón de marroquíes musulmanes han cruzado el Estrecho en los últimos años para vivir con nosotros. Millones de musulmanes viven en Francia e Inglaterra. Hay más de tres millones de turcos musulmanes en Alemania. En el mosaico de razas, lenguas y religiones que compone el Este de Europa —la otra vía por la que el islam penetró hace siglos— se conoció hace pocos años el horror de la guerra con las prácticas más crueles de los tiempos más bárbaros: la limpieza étnica, la violación sistemática de mujeres en un acto tan salvaje que mata la dignidad de la víctima al tiempo que deja en su seno la semilla de un inocente. ¡Y algunos de esos violadores eran cristianos!

¿Qué podemos hacer ante las nuevas situaciones de *frontera* que ha dibujado la globalización? ¿Escondernos bajo lo política-

mente correcto? ¿Crear que toda la razón está de nuestra parte? ¿Renunciar a nuestros valores más profundos? ¿Condenar a *los otros* y negarles el pan y la sal? Preguntas de difícil respuesta que suponen una gran responsabilidad y nos imponen una difícil tarea.

Dejemos que los gobiernos, la Unión Europea, las Naciones Unidas... hagan y cumplan lo que está en sus programas, en sus cartas y declaraciones solemnes. Aunque yo confío más en el ciudadano de a pie y en su granito de arena. Usemos nuestro voto y seamos exigentes con los políticos cuando llegue la ocasión. Con nuestra crítica, arranquemos a los poderosos la máscara de su cinismo y su hipocresía. Despojémonos también cada uno de nosotros de ese *burka* virtual que sólo nos deja ver el mundo por la rendija de nuestro egoísmo, nuestros intereses, nuestro querido bienestar. Defendamos nuestros valores y aceptemos valores extraños cuando no vayan contra la razón ni la ley natural. Seamos intolerantes con los intolerantes ya sean neonazis con cabeza rapada o islamistas fanáticos con turbante.